

## JÓVENES ANTE EL SEXO: VALORES Y EXPECTATIVAS ASOCIADAS

**Ignacio Megías Quirós**

Investigador social

*El estudio de la relación entre los y las jóvenes y el sexo supondrá adentrarse en un universo simbólico conformado por expectativas, referentes sociales y valores asociados, cuyo análisis resultará esencial, tanto para entender los términos en que se establecen los encuentros sexuales, como para tratar de implementar cualquier estrategia preventiva al respecto. Tanto la manera en que se establecen, interpretan y proyectan las relaciones entre géneros, con sus diferencias y estereotipos asociados, como los diversos elementos que entran en juego cuando el sexo es ocasional o se realiza con una pareja habitual, son aspectos que adoptan un papel muy importante en ese entramado de expectativas y valores. A partir del análisis cualitativo de dos grupos de discusión realizados con jóvenes, desarrollamos muchos de estos aspectos.*

**Palabras clave:** Sexo, jóvenes, valores, expectativas, sexo casual, pareja estable, preocupaciones, género.

*A study of the relationship between young men/girls and sex will involve delving into a symbolic universe shaped by expectations, social referents and associated values, an analysis of which will prove essential, both for understanding the terms in which sexual meetings are established and for endeavouring to implement any preventive strategy in this regard. Both the manner in which relations between genders are established, interpreted and planned, with their differences and associated stereotypes, such as the various elements coming into play when sex is occasional or is performed with a usual partner, are aspects taking up a very important role in that framework of expectations and values. We develop many of these aspects from a qualitative analysis of two discussion groups as undertaken with young people..*

**Key words:** Sex, young people, values, expectations, casual sex, stable couple, concerns, gender.

**A**bordar la manera en que los y las jóvenes se acercan al sexo, se relacionan con él, lo practican e imaginan, supondrá adentrarnos en todo un entramado de valores, temores, expectativas, dudas y convicciones, que contribuyen a dotar de significado a la forma en que se entabla tal relación. Por ello, analizar algunos de esos aspectos resultará no sólo recomendable, sino esencial, a la hora de implementar cualquier estrategia de educación o prevención sexual: sin conocer los términos en que se interpretan las relaciones sexuales y la sexualidad por parte del público diana de tales

estrategias, será inútil desarrollar con éxito cualquier labor formativa al respecto. En el punto de partida que supone esta convicción descansa un artículo como el que sigue, elaborado a partir del análisis de las palabras escuchadas en dos grupos de discusión realizados en Madrid en julio de 2003, cuyos discursos servirán como adecuado pretexto a partir del cual proyectar las diversas interpretaciones respecto al tema que nos ocupa. Un grupo de chicas y otro de chicos, de edades comprendidas entre los dieciocho y los veinte años, todos los cuales eran estudiantes de clase media. La diferenciación por géneros estaba

fundamentada en la posibilidad de que los grupos mixtos, más aún por el tramo etario en el que nos centramos, pudieran plantear algún problema de incomodidad o *corte* a la hora de que sus miembros desarrollaran discursos lo más naturales y sinceros que fuera posible. En este sentido, el desarrollo de los dos grupos realizados (de los cuales se extraen algunas citas textuales que, debidamente entrecomilladas, servirán para ilustrar el artículo) resultó adecuado y satisfactorio para las pretensiones informativas con las que partíamos.<sup>i</sup>

### **Lo fundamental, lo imprescindible y lo frívolo**

La primera reacción de los jóvenes al reflexionar sobre el sexo es afirmar su importancia, y lo fundamental del papel que desempeña en una relación de pareja (con independencia del grado de estabilidad o "seriedad" de la pareja). Eso sí, cuidándose muy mucho de reconocer, en base a la contundencia con la que resuenan algunas palabras, que dicha importancia devenga en algo "imprescindible". En cualquier caso, tal afirmación se inserta en una dinámica discursiva que tiende a relativizar la importancia absoluta de todas aquellas cosas que no formen parte de una serie de referentes intangibles que se presentan como conglomerados de todos los valores buenos y bienpensantes de una sociedad contemporánea que se precie: familia y amistad. Así, cualquier elemento ajeno a los universos de valores que representan la familia y la amistad, como puede ser el sexo, podrá ser "importante", pero no "imprescindible". Evidentemente, tal afirmación precisa inmediatas matizaciones que la sitúen en su dimensión adecuada y en su práctica y cotidiana aplicación.<sup>ii</sup>

En primer lugar, porque tener relaciones sexuales

<sup>i</sup> Cabe señalar que el grupo de chicos se extendió bastante más que el de las chicas en sus argumentaciones, que desarrollaron de forma más desenfadada y despreocupada. Por su parte, las chicas se mostraron más reticentes a profundizar más, quizás en base a cierta defensa ante la exposición personal. En cualquier caso, aunque más breves, sus discursos fueron completamente naturales.

se asume como un hecho, insoluble, por tanto, de cualquier tipo de relación. No se conciben las relaciones de pareja (estables o no) sin sexo, pues se interpreta como algo natural y que forma parte de la condición humana. Precisamente por ello tampoco se comprende (y esto es algo que apuntan los chicos) que alguien "se resista antinaturalmente al instinto", explicación que dota de sentido al carácter esencial de los contactos esporádicos o casuales. El planteamiento se hace unánime cuando se analizan parejas estables. En este caso, el sexo será algo esencial (¿imprescindible?) por cuanto pone en juego toda una serie de elementos que propician que la pareja alcance cotas de intimidad, comunicación y confianza que sólo se pueden alcanzar a partir de las relaciones sexuales. El sexo "ayuda a conocer a la persona con la que estás", y es "una forma de querer", tanto que su ausencia puede ocasionar importantes dudas sobre el deterioro de la relación sentimental entre la pareja ("pensaría que ya no le gusto o que no me quiere"). Por todo ello, la ausencia de sexo en una pareja, o bien responde a posicionamientos ideológicos que se asumen como desfasados o poco adecuados a los tiempos que corren y, por ello, origen de probables infidelidades ("¿podrían esperar al matrimonio?"), o bien se interpreta como un problema que es necesario afrontar y solucionar para que la relación mantenga su intensidad afectiva. Es decir, si el sexo pone en juego y potencia los necesarios niveles de intimidad, confianza y comunicación, su ausencia se interpretará

<sup>ii</sup> Podemos contextualizar mejor la idea a partir de la investigación "Valores sociales y drogas" (FAD, 2001), que muestra con claridad un sistema social de valores presidido por la seguridad que ofrece la familia y todo lo que representa, al tiempo que analiza cómo la importancia de la amistad se sustenta sobre la concepción que tiene la población más joven relativa a los valores que ésta representa; no ya sólo porque los jóvenes afirman que conceden gran importancia a la amistad, sino porque los adultos atribuyen tal valor a las generaciones más jóvenes. Discurso que confirman los propios jóvenes en "Jóvenes y relaciones grupales" (Rodríguez, Megías y Sánchez; 2002), donde ensalzan la importancia de todos los valores que representa la amistad "verdadera" (confianza, lealtad...). En cualquier caso, en "Valores sociales y drogas" también podemos comprobar que "tener una vida sexual satisfactoria" se constituye en un ítem al que se atribuye gran importancia (cerca de ocho puntos en una escala del uno al diez), eso sí, mayor entre los adultos de menos edad (rondando la treintena) que entre los más jóvenes (menores de diecinueve años).

como la pérdida de tales valores, esenciales para el buen funcionamiento de una pareja. En definitiva: el sexo es muy importante.

Cabe señalar un matiz que apunta ciertas diferencias por género, por cuanto es algo que señalan las chicas pero no asumen los chicos. Así, éstas afirman que el sexo es algo fundamental en el inicio de una relación, principalmente por lo que contribuye a la hora de conocer de la mejor manera posible a tu pareja y alcanzar la confianza adecuada, pero que luego va perdiendo importancia, algo que se produce en paralelo a una pérdida de intensidad o frecuencia en las relaciones sexuales. En base a lo escuchado en los grupos de discusión realizados no estamos en condiciones de profundizar mucho más en el argumento apuntado, pero su simple observación nos conduce al planteamiento de interesantes preguntas que quedan en el aire: la pérdida de importancia e intensidad ¿será consecuencia de la pérdida de deseo, o de que ya no exista tanta necesidad de conocer e intimar con una pareja que ya no tiene misterios?; teniendo en cuenta su juventud, ¿responde este discurso a una proyección de expectativas o responde a la práctica y la propia experiencia?

Bien diferentes resultan los planteamientos de los jóvenes cuando se refieren a relaciones sexuales entre personas que no tienen una relación sentimental (cuando menos, no estable), y más claras se muestran las diferencias entre chicos y chicas al respecto. En tal caso, la mera diversión y placer que propicia el sexo ocupará un lugar principal en las búsquedas asociadas, aunque es necesario señalar importantes apreciaciones. En primer lugar porque los chicos muestran, de forma mucho más abierta y desenfadada, su predisposición a participar de tales encuentros sexuales casuales y furtivos, en los que no se sienten *atrapados* por ningún tipo de sentimiento que vaya más allá de la "satisfacción inmediata del instinto", como así señalan. No reconocen ni creen necesario, por tanto, que existan esas dosis de intimidad o compromiso personal que sí existirá con la pareja, al tiempo que se desconfía de la confidencialidad de

encuentros como tales (de la misma forma que ellas se lo contarán a sus amigas, ellos se lo contarán a los suyos). No sólo se desconfía de esa confidencialidad, sino que no se espera ni se cree necesaria: sin más valores implicados que el de la mera diversión, eludir la diversión extra que puede suponer el contar la aventura a tu grupo de amigos no se suele contemplar.

Sin embargo, de las chicas parece esperarse otro planteamiento, y ellas mismas tienden a confirmar tal impresión. Sin renunciar a los encuentros casuales y esporádicos, su concepción del sexo establece una relación mucho más cercana entre éste y los valores de intimidad y confianza, que conduce a dotar al mismo de una importancia que va más allá del "instinto" y de la satisfacción física. Así, si lo practicas con quien sea, de cualquier manera y en cualquier circunstancia, el sexo ya no será algo tan íntimo, perdiendo su carácter especial y, consecuentemente, su importancia.

Comportarse de tal manera será afrontar el sexo "a la ligera" y de forma muy frívola, que es precisamente el comportamiento que atribuyen, en términos generales, a los chicos. Las mayores o menores dosis de "frivolidad" vendrán determinadas por las personas con las que practiques el sexo, y por la manera en que afrontes tales encuentros: los chicos sólo contabilizan los encuentros casuales para "presumir" ante sus amigos (no se les presupone ningún tipo de confidencialidad, por tanto), mientras ellas contemplan la relación como un acercamiento más íntimo a alguien que te atrae, con independencia de que tal encuentro se quede ahí o evolucione hacia otro tipo de relación. El discurso, sin dejar de responder a un estereotipo generalizado, y con independencia de que cada persona y cada caso presente sus particularidades, funciona perfectamente y se aprecia latente a nivel social. Los jóvenes (ellos y ellas) nos lo confirman con sus palabras.

Las consecuencias de tal discurso pueden llegar a apreciarse en dos sentidos. Por un lado, que los chicos interpreten que las mujeres establecen una relación mucho más directa entre el sexo y el amor

y que, por ello, afrontan incluso los contactos sexuales esporádicos desde un cierto compromiso (algo que ellos no hacen), puede insertarse en una dinámica en la que ellos prioricen la búsqueda de ese placer inmediato para así escapar de dicho compromiso. Por otro lado, que las chicas asuman que ellos son más superficiales respecto al sexo, y que no esperen de su pareja esporádica ningún tipo de confidencialidad respecto a los encuentros casuales, las sitúa en la posición de replantearse tales encuentros sexuales. Y ello no implica que las mujeres no cuenten a sus amigas algunos detalles de sus experiencias sexuales (“yo le cuento todo a mis amigas”), sino que tales conversaciones parecen articularse en torno a elementos diferentes, en los que el placer se presenta íntimamente ligado a otro tipo de valores más cercanos a los sentimientos y el afecto.

Evidentemente, que el sexo se afronte como mera diversión o ponga también en juego elementos afectivos, propiciará que la forma de afrontar tales relaciones adquiera características bien distintas, no sólo relativas a las necesarias dosis de responsabilidad para adoptar las medidas anticonceptivas adecuadas, sino también a los posibles sentimientos de intranquilidad y a las dudas asociadas a algunas de las consecuencias de consumir o no el acto sexual. Así, en contextos de diversión nocturna, propicios para los contactos sexuales puntuales, el sentido de la responsabilidad puede quedar diluido en una dinámica festiva, donde prima el impulso y la satisfacción inmediata de los deseos. Considerando que los riesgos de transmisión sexual suelen pasar a un segundo plano en base a la escasa capacidad de asumir la posibilidad del riesgo propio (esas cosas les pasan a otros), parece claro que, en lo que al riesgo de embarazo se refiere, las posturas de chicos y chicas descansan sobre muy diferentes pilares: la mujer asume un riesgo que el hombre no tiene, con la preocupación asociada que implica. Esta situación, en la que la mujer se siente prácticamente *sola ante el peligro*, es característica de tales encuentros esporádicos, razón que puede fundamentar los diferentes enfoques de cada uno de los géneros al respecto.

Sin embargo, resulta muy interesante comprobar cómo el sentimiento de responsabilidad y desconfianza que, en muchas ocasiones, desarrollan las chicas, va más allá de la posibilidad de quedarse embarazada o contraer algún tipo de enfermedad de transmisión sexual. Es así porque existe un tipo de sensaciones que están asociadas a determinados riesgos afectivos que nada tienen que ver con las consecuencias concretas y más directas de los contactos sexuales: “salir perjudicada en sentimientos”, como lo denominan. Riesgos asociados a la convicción de que, en última instancia y ante cualquier problema o dificultad, ellas se encontrarán sin el apoyo de su pareja, a la inseguridad que propicia la sensación de sentirse engañada por una pareja que sólo persigue el contacto sexual puntual, la desilusión del fracaso que propicia una relación idealizada pero fallida, o la decepción de confirmar que la primera vez no ha sido tan emocionante como se había imaginado. Estos riesgos serán valorados en función de la historia personal de cada cual, las experiencias sobre las que se aprende y, evidentemente, se diluyen cuando la intención que se persigue con tal encuentro sexual se sitúa a la misma altura que las expectativas proyectadas (la mera diversión) y los riesgos calibrados. En cualquier caso, a partir de los discursos de las chicas se vislumbra la presencia de esos aspectos relacionados con el plano afectivo, que, junto con la clara asunción de que ellas “arriesgan más” que ellos (“él echa un polvo y se va”), constituyen un argumento que estará inevitablemente presente a la hora de afrontar sus relaciones o encuentros sexuales. Eso sí, lo que distingue claramente su discurso como mujeres es la clara explicitación de que prefieren correr tales riesgos (con la prudencia que ello les infunde) a comportarse de forma “frívola”, como atribuyen a los chicos.

Este panorama dibuja claras diferencias por géneros, y a partir del mismo no resulta difícil elaborar una imagen (en bastantes ocasiones caricaturesca) de los chicos como personas que están constantemente pensando en el sexo en su estado más puro (nada de amor, nada de afecto, nada de com-

promiso, poca intimidad), al ritmo que marca su irrefrenable instinto (instinto como ente con personalidad casi propia), y lo que éste tiende a interpretar como provocaciones por parte de quienes serán sus parejas, casuales o no. Mientras, los chicos suelen limitarse a desarrollar argumentos que no parecen los más propicios para incluir en el alegato final de una buena defensa: también prefieren relaciones con chicas “con las que se esté bien también fuera de la cama”, aunque cualquier buena oportunidad que se presente no sólo tenderá a ser aceptada, sino que además no se espera de un hombre que pueda llegar a plantearse rechazar la ocasión (no hay que perder la oportunidad de tener sexo). Que estos argumentos respondan a la necesidad de alimentar cierta fama de *conquistador* (rol que presenta una importancia en las dinámicas relacionales de los grupos de pares, para las edades referidas, que no conviene menospreciar en absoluto), o que se inserten en los procesos identitarios y de crecimiento de forma tan natural como pueden desaparecer una vez alcancen la madurez adulta, será algo a calibrar en otros estudios. Lo cierto es que, para el tramo de edad en el que se centra este artículo, los discursos son contundentes y los estereotipos se muestran en su máxima crudeza.<sup>iii</sup>

### **Algunas expectativas asociadas al sexo**

Muchos de los elementos señalados hasta el momento dan buena cuenta de que, en función del contexto y las particularidades de cada encuentro sexual (o de la mera posibilidad de que se produzca tal encuentro sexual), las expectativas asociadas al mismo variarán sustancialmente. En primer lugar y de manera bien clara, diferenciando entre

el sexo casual, esporádico y prácticamente inesperado que tiene lugar con parejas ocasionales, y aquél que se practica con parejas más o menos estables, que suele contar con la predisposición necesaria para que los preparativos y las precauciones sean bien distintas. En función de los discursos juveniles, las noches de marcha, unificadas en torno a bares, discotecas y alcohol, conforman un ambiente en el cual el sexo estará flotando como un elemento más, de manera más o menos explícita pero siempre presente en las expectativas de los y las jóvenes. Con independencia de la verdadera frecuencia de los contactos sexuales y de que tales proyecciones puedan ser contrastadas o no, todos y todas parecen saber perfectamente cuáles son las búsquedas de los otros, probablemente porque parten de sus propias búsquedas y tienen las referencias de las búsquedas de su grupo de amistades. Así, ellas partirán de la convicción de que los chicos, en última instancia, sólo quieren “pillar” (lograr un contacto sexual), al tiempo que ellos construyen su imaginario desde la idea de que a las chicas les gusta “provocar” (con la ropa, pintándose...), y además es lo que pretenden.

En función de estas convicciones, el sexo estará absolutamente enmarcado en tales espacios y tiempos de ocio, tanto que gran parte del planteamiento de las salidas se orienta al encuentro sexual (“sales a pillar”), asunción que da lugar al imaginario colectivo en el que se enmarcan todas las expectativas al respecto. Por ello, y casi de manera inevitable, la voluntad sigue los pasos de un instinto que guía su comportamiento en función de aquello que, según cuentan, les provoca “morbo”. Morbo como elemento abanderado de todo lo que representa el riesgo, lo prohibido y el “desfase” característico de las noches de marcha, y a partir del cual justifican todos aquellos actos que se realizan dejando al margen la responsabilidad (respecto al empleo de métodos anticonceptivos, fundamentalmente), en base a una situación en la que pueden llegar a abandonar su percepción del riesgo y el control de la propia voluntad, planteando una situación en que el “instinto” toma

<sup>iii</sup> Algunos de los aspectos que componen estos estereotipos son analizados en el artículo “Diferencias de género en motivación sexual: implicaciones para la prevención del VIH-Sida en adolescentes heterosexuales” (Navarro y Ubillos; Publicación Oficial de SEISIDA, Vol. 14, nº5, mayo de 2003). En la línea de lo apuntado, dicho artículo señala, a partir de los resultados de una investigación cualitativa, cómo los chicos priorizan los aspectos puramente físicos y placenteros de las relaciones sexuales, lo cual propicia que no quieran “perder la oportunidad” de practicar sexo, mientras las chicas anteponen los aspectos más afectivos y relacionales.

las riendas con el único objetivo de satisfacer el placer inmediato. Sólo así se entiende que algunas chicas lleguen a afirmar que a determinadas mujeres (las “irresponsables”, no ellas) les produzca morbo mantener contactos sexuales con desconocidos sin tomar las medidas pertinentes, al tiempo que los chicos afronten esa misma situación (ignorando otros muchos riesgos relativos a enfermedades de transmisión sexual) desde la normalidad que les procura satisfacer su propio morbo.<sup>IV</sup>

La situación se enmarca en un contexto en el cual el alcohol adquiere una importancia que deviene clave, más aún por cuanto su consumo estará indisolublemente ligado al desarrollo de las noches de diversión en las que tienen lugar esos encuentros sexuales. Así, el efecto que propicia el alcohol en dosis excesivas (“con un par de copas de más encima...”), por un lado euforizante y por otro lado minimizador de la percepción del riesgo, justifica aún más que se abandonen a la satisfacción del instinto inmediato en detrimento de la adopción de las medidas de responsabilidad necesarias. Y todos y todas parecen haber experimentado alguna situación (propia o relativa a alguna persona muy cercana) como esa.

Además, la ausencia de espacios y recursos propios (jóvenes que viven con sus padres y modelos de ocio monetarizados que se desarrollan en recintos masificados y no adecuados para los encuentros sexuales) provoca que, incluso entre las parejas estables, las dificultades para preparar los encuentros sexuales sean grandes. A pesar de que tales encuentros suelen contar con un mayor grado de preparación o, cuando menos, con una predisposición diferente, menos basada en lo casual, lo espontáneo y los elementos que parecen propiciar el otro tipo de encuentros sexuales

<sup>IV</sup> En este sentido, conviene señalar que buena parte de estos comportamientos son justificados, por parte de los propios jóvenes, en base a la posibilidad de utilizar “la pastilla del día siguiente” como elemento salvador que justifica la práctica de sexo a partir de lo que consideran un riesgo calculado, lo que supone ignorar otros peligros que tal método anticonceptivo no cubre, y nos plantea la duda de si, efectivamente, se usa tal píldora postcoital.

(alcohol, ambiente, “calentón”), tales relaciones también serán, en muchos casos, furtivas, llevadas a cabo en entornos que no propician ni la adopción de las medidas preventivas adecuadas, ni el desarrollo del encuentro sexual de la mejor manera posible. Pocos padres verán con buenos ojos que su hijo o hija lleve a la pareja a su habitación, pocos jóvenes pueden permitirse acudir regularmente a hoteles u hostales, no demasiados tendrán la suerte de que sus padres pasen los fines de semana en una segunda residencia...

En definitiva, en función de una situación que asumen como normal, el problema no será cómo mantener relaciones sexuales adoptando los métodos preventivos adecuados, o encontrando las mayores comodidades e intimidad posible, sino, lisa y llanamente, cómo llegar a tener dichas relaciones sexuales. Ello se enmarca en un discurso que hace constante referencia a la “promiscuidad” como máxima expresión de la proyección de los deseos que guían el desarrollo y las expectativas de tales noches de diversión. Por tanto, promiscuidad que, más allá de su constatación real, actúa a nivel de ideal o deseo, eso sí, sólo reconocido cuando la persona no tiene pareja estable (con independencia de que sea verdad o el deseo de promiscuidad permanezca soterrado).

El discurso de la promiscuidad adopta matices interesantes atendiendo a los argumentos de las chicas, sobre todo en función de lo que ellas mismas explican como una relación más estrecha con la parte más afectiva de las relaciones sexuales, y que los chicos califican como el establecimiento, por parte de las chicas, de una relación mucho más cercana entre sexo, amor y compromiso. Esto nos podría hacer presuponer un mayor rechazo femenino a los principios de la promiscuidad, a favor del mantenimiento de lazos de fidelidad sobre los que sustentar el mencionado afecto y compromiso. Pero la asociación de ideas no es tan clara, pues ellas mismas llegan a calificar la misma como una postura “radical”: no hay que pasarse en ninguno de los dos extremos, pues tan “radical” será pasarse de promiscua como pasarse de fiel, y

“siempre puedes echar una canita al aire”. Eso sí, sin dejar de tener en cuenta en ningún momento que el imaginario social aún tiende a interpretar de diferente manera la promiscuidad femenina que la masculina. En este punto, las quejas relativas a las posturas machistas de una sociedad que tiende a ensalzar a los hombres con un largo curriculum de conquistas, al tiempo que descalifica a las mujeres que actúan de igual manera, dejan traslucir una cierta contradicción. Fundamentalmente, porque inmediatamente después de la queja, asumen que son ellas mismas, las mujeres, quienes emiten tales veredictos, consecuencia de la “envidia” que provoca observar a chicas que se comportan según el ideario “yo hago lo que quiero, cuando quiero, con quien quiero”. Al mismo tiempo, asumen que los chicos no sólo no emiten juicios en tal sentido, sino que consideran que tales chicas son “listas” por poder poner en práctica el modelo que protagoniza la proyección de sus deseos.<sup>V</sup>

Ante esta aparente contradicción, cabe preguntarse si las mujeres que emiten tales juicios lo hacen porque han experimentado en carne propia el rechazo de sus pares por algún comportamiento en ese sentido, o se atribuyen a sí mismas el rechazo a compañeras o amigas que actúan de tal modo. La segunda de las opciones parece algo menos probable, por cuanto supone reconocer para una misma los prejuicios de los que, en teoría, intentan huir, pero también porque, en última instancia, defienden como algo irrenunciable el hecho de que, respecto al sexo y como consecuencia de la relación tan estrecha que tiene con la naturaleza humana, estará en tu mano elegir la manera en que quieres tenerlo: “el sexo lo tendrás como quieras”. Eso sí, tampoco dejan de afirmar, casi a modo de coletilla, que a las chicas les cues-

ta más mantener relaciones sexuales meramente puntuales. Precisamente en el trasfondo de esta idea descansa los prejuicios que ellas mismas emiten sobre el resto de mujeres (sobre sí mismas) en relación con las tendencias más promiscuas, y es así que tiene lugar la aparente contradicción.

A la hora de considerar cuál de las dos partes toma la iniciativa respecto a los encuentros sexuales, la distinción entre sexo casual y sexo con una pareja estable también adquiere importancia, lo cual encaja con el modelo simbólico de chicos y chicas al respecto. Así, existe acuerdo al señalar que son los chicos quienes llevan la iniciativa en los encuentros puntuales: mientras ellas afirman que los chicos se muestran más “activos” y “manejan la situación”, ellos asumen que las chicas son más “tímidas” al respecto. Eso sí, que se acepte que el chico lleva la iniciativa no se interpreta desde el prisma de una posición de poder, fundamentalmente en base a la interpretación que hacen los propios chicos de la situación: aunque son ellos quienes toman la iniciativa, son ellas quienes “provocan” inicialmente y quienes, finalmente, dan el visto bueno a que se produzca el contacto sexual. Así, en sus propias palabras, “las chicas follan todo lo que quieren y los chicos sólo cuando ellas lo permiten”. El argumento es interesante en tres sentidos. En primer lugar, porque los chicos asumen que toman la iniciativa por ser el único arma de la que disponen ante el poder decisorio de las mujeres (es decir, cuantas más veces lo intentes, más probabilidades habrá de que en alguna de las intenciones te digan que sí). En segundo lugar, porque los propios chicos tienden a relativizar la realidad de su iniciativa, pues asumen que la chica es quien “provoca” inicialmente o, cuando menos, lanza las señales necesarias para que el chico decida actuar (habría que ver qué opinan las mujeres de este planteamiento, que en algunas de sus manifestaciones, sobre todo relativas al vestuario femenino, adoptan un lenguaje que, cuando menos, resultaría polémico para muchas mujeres). Por último, porque se interpreta como normal la idea de que los hombres siempre

<sup>V</sup> El argumento se inserta perfectamente en los discursos ya analizados en “Jóvenes y relaciones grupales” (Rodríguez, Megías y Sánchez; 2002), relativos a la manera en que las chicas tienden a analizar las relaciones que se entablan entre ellas, salpicadas de las envidias, celos, rencores y maldades que ocasiona la pasión e intensidad (se autocalifican como “malas” y “bruja”), y la forma en que los chicos entablan sus relaciones, desde la fidelidad y la nobleza, aunque a veces en base a un trasfondo de simplicidad o pusilanimidad.



quieren y están dispuestos a tener sexo, mientras las mujeres son más reticentes al respecto y decidirán cuándo quieren y cuándo no.

Cuando el sexo es con una pareja estable, la situación cambia. Entonces, la iniciativa de los encuentros sexuales se asume equivalente. Eso sí, la interpretación desde ambas partes adopta tonos bastante distintos. Mientras los chicos afirman que es entonces cuando ellas “se desatan”, pierden la timidez y reticencia y muestran que son tan lanzadas como ellos, ellas asumen el papel algo más activo en base al placer que les produce disfrutar de ese encuentro íntimo y afectivo con alguien con quien saben que están a gusto.

En cualquier caso, el discurso relativo a la iniciativa tiene dos implicaciones importantes. Por un lado, en lo que se refiere a las estrategias preventivas, resulta relevante porque muchas chicas llegan a asumir con naturalidad que sean ellos quienes compren y lleven los preservativos, pues son ellos quienes tienen más presente el sexo y salen “a pillar”, mientras ellas no lo interpretan como algo tan prioritario. Eso sí, pese a reconocer que la situación suele ser así, tras reflexionar sobre el asunto y valorar los riesgos a los que se expone una y otra parte, concluyen unánimemente que “no tiene mucho sentido”.

Por otro lado, asumir que los chicos juegan un papel más “activo” y “manejan” la situación, lleva a las chicas a afirmar que, si el encuentro sexual no resulta del todo satisfactorio, la responsabilidad, cuando menos, no es de las mujeres: o es de ambas partes o es del chico (y esta opción suele valorarse en primer lugar). Esta idea enlaza perfectamente con el que, probablemente, es el aspecto de las relaciones sexuales que más preocupa (pues así lo reconocen) a los chicos: “quedar bien”. Así, entre ellos parece existir la constante preocupación por “estar a la altura”, que implica no sólo satisfacer a la otra parte, sino también demos-

trar (a la otra parte, pero también a uno mismo) que no existen disfunciones al respecto. En este caso, además, la preocupación vale tanto para los encuentros esporádicos como para los encuentros con una pareja habitual, pues llega a preocupar tanto el poder satisfacer a la otra parte, como el hecho de crearse cierta fama de buen (o, sobre todo, mal) amante entre el círculo de amistades de quien ha sido pareja, ocasional o habitual. Por su parte, entre las chicas, la tensión entre el disfrute propio y ajeno no parece interpretarse tanto en los términos físicos o funcionales del propio acto sexual, como en función de su capacidad para proporcionar a la pareja el mayor placer posible, con los riesgos relativos a la (no) adopción de métodos anticonceptivos que ello puede implicar.

En este sentido, el miedo al rechazo que puede experimentar una joven que afronte sus relaciones sexuales, puntuales o habituales, se constituirá en uno de los elementos esenciales que habremos de considerar si pretendemos analizar la naturaleza de los encuentros sexuales entre jóvenes. Que la chica pueda pensar o intuir que será rechazada por su pareja si no se amolda a ciertas condiciones en el desarrollo del acto sexual, como el no empleo del preservativo (en base a que resta sensibilidad al hombre para disfrutar del placer físico), será uno de los aspectos que condicione el desarrollo de las relaciones sexuales. De nuevo, las diferencias relativas a los universos simbólicos y a las relaciones de poder que se establecen entre los géneros determinan, de manera esencial, la forma en que habremos de analizar tanto la sexualidad juvenil como la manera de establecer las necesarias estrategias preventivas al respecto. En dicha línea de investigación y formación, la que se refiere a los planos que tienen que ver con la madurez afectiva, la consolidación de la propia identidad como hombre y como mujer, y el mejor conocimiento y aceptación de la propia sexualidad, se encontrarán las claves sobre las que avanzar en este terreno.